

Un Soldado

Leal y Disciplinado

Era un soldado de Colombia: valiente, leal, disciplinado, orgulloso de la misión que le correspondía en las filas de nuestro Ejército republicano, cumplidor estricto y metódico de sus deberes y con un clarísimo sentido del honor militar. Ahora, cuando acaba de desaparecer prematuramente, me siento obligado, porque lo conocí muy bien y viví con él horas cargadas de incertidumbre y graves responsabilidades, a relatarle al país algunas de sus actuaciones y a pedir para su memoria el homenaje nacional que merece.

Hace ya bastantes meses, por razones muy respetables y de carácter puramente personal, anunció al señor Ministro de Defensa su intención de solicitar la baja del servicio activo. Le pedí venir a mi despacho de la Presidencia de la República y le dije, más o menos, lo siguiente: "Señor General: He creído siempre que la clave de la paz en Colombia está en que las Fuerzas Militares y de Policía no se parcialicen en favor de ningún partido político. Ellas son las entidades tutelares de la República y es necesario que no se presente siquiera la sospecha de que un criterio de partido puede influir en los retiros, ascensos o traslados militares. Yo sé que usted es un sol-

dado que, respetuoso de la Constitución, solo se siente vinculado a sus deberes, lejos de toda parcialidad política. Pero su familia paterna fue reconocidamente conservadora y existe el riesgo de que gentes mal intencionadas atribuyan su retiro al hecho de que esté ocupando la Presidencia un ciudadano liberal. Quiero que usted me ayude a evitar esas torpes sospechas y le ruego que no se separe de las filas, al menos mientras yo ejerza la primera magistratura”.

Me miró con rostro emocionado y, después de algunos minutos de meditación, me contestó: “Señor Presidente, yo comparto su concepto sobre lo que representan y tienen que seguir representando las Fuerzas Militares en Colombia. No creo que a mi voluntario retiro pueda dársele un significado político; pero, si existe siquiera la más remota posibilidad de que eso ocurra, yo quiero cooperar con usted para evitarlo. Puede usted estar seguro de que no me retiraré del Ejército mientras usted ocupe la Presidencia”.

Ricardo Charry Solano procedió, así. Meses después el Gobierno le confiaba la posición delicadísima de Comandante de la Brigada de Institutos Militares en Bogotá. Ejerció su cargo con una laboriosidad ejemplar, con serenidad inalterable y un alto sentido de las responsabilidades que le imponía la hora difícil por la cual atravesaba el país. Me parece oírlo todavía, en mis reuniones con los altos mandos, describiendo metódicamente todo el dispositivo que se montó para garantizar unas elecciones pacíficas y libres y para conjurar cualquier intento de desorden. Y ese dispositivo fue manejado luego por él en la ciudad capital en una forma insuperable. Muchas veces, cuando lo llamé en altas horas de la noche, estaba visitando personalmente los cuarteles, comprobando que nada se apartara de los planes adoptados. Durante los días que siguieron a las elecciones del 19 de abril cooperó estrechamente conmigo y dio, en el cumplimiento de sus deberes, muestras de moderación y prudencia realmente admirables. Algún día quizá se podrán hacer públicos algunos de los episodios que vivimos en aque-

llas horas. Por el momento, baste decir que el señor General Rojas Pinilla, al cesar las medidas precautelativas que con relación a él y a su familia se adoptaron, me escribió una carta en que deja constancia de su gratitud por la conducta que con él observaron sus antiguos compañeros de armas. Sin duda tuvo principalmente en cuenta la del general Ricardo Charry quien, en estrecho contacto con la Presidencia y los altos mandos, manejó la situación local con tanta firmeza como consideración y cortesía.

De otros sectores vino después la injuria aleve que no podía afectar su honor de militar intachable. Su indignación estaba justificada; pero la encerró en los límites de la disciplina y de la conveniencia pública con un esfuerzo de auto-control solo comparable a su coraje.

Su sentido del deber influyó seguramente en el retardo con que se sometió al tratamiento quirúrgico. Sus amigos no pensamos nunca, sin embargo, en la posibilidad de que sobreviniera un fatal desenlace. Me sorprendió verlo ya muy grave en su lecho del Hospital Militar. "Estoy librando mi última batalla, señor Presidente", me dijo con una voz muy débil. Y era en verdad la última. El Ejército, la República pierden con su muerte a un servidor ejemplar. Solidario en el dolor de sus compañeros de armas, rindo a su memoria un tributo que cobija a las instituciones armadas de Colombia de las cuales fue tan claro y noble exponente. En este adiós al compañero no puedo ni quiero ocultar mi honda, mi dolorosa sensación. Ni puedo dejar de decir que los colombianos deben mirar en la conducta militar del General Charry una muestra clara de lo que es, para fortuna de todos, el espíritu de su Ejército Nacional.

Octubre 18 de 1970.

